

Número 8

15 de noviembre

San Selerín...

1912

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Toda la correspondencia
debe ser dirigida
al apartado núm. 825

Precio: 5 cts.

A los amigos de SAN SELERIN

Pronto llegará el viento bullicioso y juguetón, el viento que encumbra papalotes, y con él las vacaciones. Como durante ellas SAN SELERÍN no podrá ver a sus amiguitos, se despide de ellos cariñosamente y les desea muy alegres vacaciones. Les promete que el año entrante volverá a buscarlos y les contará muchos y muy bellos cuentos.

A LOS MAESTROS

Por ser el presente número el último que saldrá este año, suplicamos a los maestros nos envíen el dinero lo más pronto que puedan.

SAN SÉLERIN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

LEON TOLSTOI

En este mes cumple dos años de muerto, León Tolstoi, el santo anciano de barba blanca, cuyo retrato les ofrecemos hoy. Todos debemos amar y respetar su nombre, porque dedicó su vida a procurar hacer menos tristes y dolorosas las de los obreros y aldeanos rusos. Cuando ustedes sean más grandes sabrán lo penosa y dura que ha sido la vida del pueblo de Rusia, esclavizado por los ricos y poderosos y entonces



LEON TOLSTOI

comprenderán mejor el bien que León Tolstoi hizo luchando por levantar a estos oprimidos. El también era

rico y poderoso, pero renunció a sus bienes y honores por hacer una vida que estuviese conforme con sus pensamientos.

Amaba mucho a los niños y para los campesinitos que vivían en sus tierras fundó una escuela, en la cual él mismo era maestro. Para los niños escribió también muchos cuentos, algunos de los cuales les contará más tarde SAN SELERÍN.

Cuando murió, en 1910, todos los corazones nobles lloraron su pérdida.

A su entierro asistió un gran número de aldeanos que llevaban estandartes en los que se leía: «Leo Nikolaivitch, la memoria de tu bondad no se apagará jamás en la mente de nosotros, pobres huérfanos».

Pidió que su tumba fuese abierta a la sombra de un viejo roble, a cuyo pie, él y sus hermanos cuando niños habían enterrado un caballito de madera o más bien un bastoncito parecido á esos que ustedes toman para jugar *de caballo*. Y ellos decían que cuando fuese desenterrado se iniciaría en el mundo el reinado de la felicidad. Entre las raíces del antiguo árbol, duerme el noble anciano defensor de los derechos de los humildes. En las tardes apacibles del verano, los campesinos van allí a conversar de sus cosechas, de sus fatigas y de sus dolores y quizá entonces piensan dulcemente que *el abuelo*, como ellos le llamaban, los escucha y los consuela.

EL PERRO MUERTO¹

Jesús llegó una tarde a las puertas de una villa e hizo adelantarse a sus discípulos para preparar la cena. El, impelido al bien y la caridad, internóse por las calles hasta la plaza del mercado.

Allí vió en un rincón algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo y acercóse para ver qué cosa podía llamarles la atención. Era un perro muerto, atado al cuello por la cuerda que había servido para arrastrarlo por el lodo; jamás cosa más vil, más repugnante, más impura, se había ofrecido a los ojos de los hombres, y todos los que estaban en el grupo junto la carroña,² miraban con asco.

—Esto emponzoña el aire—dijo uno de los presentes, tapándose la nariz—cuánto tiempo aún este animal putrefacto estorbará la vía?

—Mirad su piel,—dijo un tercero—no hay un pedazo en ella que pueda aprovecharse para cortar unas sandalias.

—Sus orejas—exclamó un cuarto—asquerosas y llenas de sangre.

—Habrá sido ahorcado por ladrón,—añadió otro.

¹ Este bello cuento es uno de los muchos contados por Tolstoi. Parece una de las delicadas parábolas con que Jesús enseñaba á su pueblo a ser bueno.

² Carne corrompida.

Jesús les escuchó y echando una mirada de compasión sobre el animal inmundo, dijo:—Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas.—Entonces el pueblo admirado, volvióse hacia él exclamando: Quién es éste? Será Jesús de Nazaret? El sólo podría encontrar alguna cosa de qué condolerse y hasta algo qué alabar en un perro muerto...

Y cada uno avergonzado siguió su camino inclinando su cabeza delante del hijo de Dios.

LEÓN TOLSTOY

LA INFANCIA¹

Feliz, feliz época la de la infancia para siempre desaparecida! Cómo no amarla, cómo no estar siempre acariciando su recuerdo? Su recuerdo ha refrescado y reconfortado muchas veces mi alma y ha sido la fuente de mis alegrías más puras...

Después de haber estado todo el día corriendo hasta fatigarme, vengo y me siento a la mesa del té, en mi alta silla de niño; es ya muy tarde y hace ya rato que me he bebido mi taza de leche con azúcar. El sueño cierra materialmente mis párpados, mas yo no me muevo de mi sitio, me quedo donde estoy sentado y escucho. Cómo no escuchar? Mamá está

¹ Estas páginas las dedica el viejo Tolstoi a recordar sus tiempos de chiquillo, cuando aún se sentaba a la mesa en una sillita alta y cuando aun vivía su madre a quien él amaba tanto!

hablando con alguno, y es muy dulce el sonido de su voz, muy agradable. Tan sólo el sonido habla tan intensamente a mi corazón! Con mis ojos medio cerrados por el sueño, me quedo mirando su rostro con fijeza, y de pronto va haciéndose pequeño, pequeño... no mayor que un botón, pero le veo con una limpidez



TOLSTOI EN SU GABINETE DE ESTUDIO

extraordinaria y veo que me mira y se sonríe. Me gusta ver tan pequeñita su cara. Voy cerrando todavía más los ojos, y entonces se me figura no mayor que esas pequeñas imágenes que vemos en el fondo de las pupilas. Mas, ay! de pronto remuévome en mi silla y el encanto queda roto. Cierro todavía más los ojos, me vuelvo a un lado y a otro; por todos los medios que me sugiere mi infantil ingenio intento rehacerlo, pero todo es vano, me levanto y poniéndome

como de rodillas me instalo lo más cómodamente que puedo en el sillón.

—Vas a dormirte otra vez, Nikolenka¹—me dice mamá;—harías mejor en subir a acostarte.

—Es que no quiero todavía dormir, mamá,—contesto; y unos sueños muy vagos, pero muy dulces, me llenan de nuevo la imaginación; el bueno y confortante sueño de la infancia cierra otra vez mis párpados, y al cabo de un momento me quedo dormido, permaneciendo en la misma postura hasta que me despiertan... A veces siento a través de mi sueño, que una mano me acaricia tiernamente, y aún durmiendo reconozco esta mano, la tomo y apretándola muy fuerte, muy fuerte la llevo amorosamente a mis labios.

Todo el mundo se ha retirado ya; únicamente una bujía² queda encendida en el salón. Mamá dice que ella misma me despertará... se sienta en el propio sillón donde estoy yo dormido, y pasa su mano fina y suavísima por mis cabellos y mis mejillas y hasta oigo el murmullo de su voz bien conocida y encantadora:

—Anda, levántate, hijo mío; ya es tiempo de ir a la cama.

Ninguna mirada indiferente o fría la contiene; no teme ya derramar sobre mí toda la ternura de su amor. Yo ni siquiera me muevo, pero aprieto su mano con mayor fuerza todavía.

¹ Nombre familiar que en Rusia dan a los que se llaman Nicolás. Como decir nosotros: Colacho.

² Candela.

—Levántate, ángel mío.

Con su otra mano me acaricia el cuello, y moviéndolos con rapidez sus dedos cosquillean suavemente mi piel. La cámara¹ está silenciosa y medio a oscuras; mis nervios se hallan excitados por el cosquilleo y por el despertar, todo a un tiempo; mamá está junto a mí, me toca, siento su perfume, oigo su voz... Echo de pronto un brinco, con mis brazos rodeo su cuello, ella aprieta mi cabeza contra su pecho y yo murmuro:

—Oh! mamá, oh! mi queridísima mamá, cuánto te amo!

Ella sonríe, con su triste y encantadora sonrisa; con sus dos manos coge mi cabeza, la pone sobre sus rodillas y me besa en la frente.

—Pues es verdad que me amas mucho, mucho? Cállase un momento, y después añade:—Amame siempre así, no me olvides jamás... Cuando haya dejado tu mamá de ser, tú no la olvidarás!... Verdad que no la olvidarás, Nikolenka?

Y al decir estas últimas palabras, me besa con mayor ternura todavía.

—Vaya, no digas eso, palomita, alma mía!—exclamo besando sus rodillas, mientras las lágrimas fluyen de mis ojos lo mismo que dos riachuelos... pero son lágrimas de amor y de felicidad.

LEÓN TOLSTOI

(Tomado de *Ariel*).

¹ Habitación.

DIALOGO

(*María, niña pobre, conversa con Luisa, vestida lujosamente*)

MARÍA.—Papá llegó esta mañana,
muy afligido.

LUISA. —Ah, señor!
alguna pérdida acaso
quizás algún calentón
de cabeza que le han dado
en la calle. Sea por Dios!

MARÍA.—No, si vieras, poco a poco
fué consolándose, yo
me le senté en los regazos
y le dí conversación
y en un momento la risa,
como un rayito de sol,
en sus ojos y en su boca,
y en sus mejillas brilló.

LUISA.—Entonces te contaría
la causa de su aflicción.

MARÍA.—Sí me la dijo, y apenas
con emocionada voz
comenzó a hablar, se prendieron
dentro de mi corazón
las sombras de la tristeza
que él a su vez disipó.

LUISA.—Ya sé, tal vez te diría...
no comprendo... qué se yo!

que no podrá el veinticinco
darte un regalo mejor
que el que te ha dado otros años:
(sonriendo) un abrazo y una flor.

MARÍA.—No tal, que somos muy pobres
pero nunca nos faltó
cariño para querernos,
alegría y expansión
en todas las nochebuenas
desde que recuerdo hasta hoy.
Otra fué la grave causa
que a papacito afligió.

LUISA.—(Con énfasis¹) De seguro algún regaño
que le ha dado su patrón,
porque no hay como los pobres
para delicados; sois
vidrios para las ofensas
si se os levanta la voz
por algún error que hicistéis
o por cualquier razón,
ya estáis al punto ofendidos
o furiosos, que es peor.

MARÍA.—(Con altivez) No acertarás, pobre Luisa,
a contarte todo voy,
que tú no entiendes las cosas
del sentimiento. Murió,
según lo dijo mi padre,
un viejo batallador

¹ Con mucha expresión.

por la libertad humana,
 un bizarro campeón¹
 de los humildes, un hombre
 que en brava lucha vivió
 contra las fuerzas injustas
 de la violencia feroz.
 Era un anciano barbado,
 casi igual a don Zenón,
 vestido con pobre traje;
 un hombre que repartió
 sus riquezas a los pobres
 y huyendo del esplendor
 de los rangos nobiliarios,
 de su nobleza abdicó²
 y dando a los desvalidos
 el amparo de su voz,
 la muerte lo halló luchando
 por la humana redención.
 Era un Santo, se llamaba...

LUISA. — (Interrumpiendo enojada.) Sí, se llamaba Tolstoi.
 Valiente loco el que lloran
 estos mendigos, Señor!

(Se va Luisa con gesto altanero, y María se queda enjugando sus lágrimas).

BILLO

[Jose Ma. Zaldívar Buenavista]

¹ Bizarro campeón es lo mismo que decir valiente defensor.

² Abdicar: ceder, reuunciar.

LOS GATITOS PELEADORES

En una lluviosa noche, dos gatitos comenzaron a pelear, porque uno tenía una rata y el otro no.



—Es mía,—decía uno. No, es mía, decía el otro. ¡Cómo les brillaban los ojos! Los dos se enseñaban los dientes.



—Yo les contaré a Uds. lo que es una noche lluviosa,—les gritó la vieja mamá. Y tomando una escoba los barrió fuera de la casa: ¡Cuánto frío hacía! ¡Qué mojado estaba todo!



Ellos se pusieron a llorar y se sentaron muy juntitos en la grada de la puerta, sin acordarse que hacía un momento se peleaban por una rata.

EL CARLANCO¹

CUENTO POPULAR INFANTIL

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien, que tenía tres chivitas que había criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasión en que iba por los montes, vió á una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama y la avispa se subió en ella y se salvó.—Dios te lo pague! que has hecho una buena obra de caridad, le dijo la avispa a la cabra. Si alguna vez me necesitas, vé a aquel paredón derrumbado, que allí está mi convento. Tiene éste muchas celditas que no están enjalbegadas,² porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la Madre abadesa,³ que esa soy yo, y al punto saldré, y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes. Dicho lo cual, echó a volar cantando maitines.⁴

Pocos días después les dijo una mañana temprano la cabra a sus chivitas:—Voy al monte por una carguita de leña; vosotras encerraos, atrancad bien la

¹ Es un animal fantástico, es decir que existe sólo en la imaginación de las gentes. Es de la familia de nuestro *cadejos* en el cual sólo creen las personas ignorantes.

² Encaladas.

³ La Superiora.

⁴ Rezo que antes de amanecer hacen los religiosos.

puerta, y cuidado con abrir a nadie; porque anda por aquí el *Carlanco*. Sólo abriréis cuando yo os diga:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la Madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo había encargado su Madre.

Y cate Ud. ahí que llaman a la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

Abrid, que soy el *Carlanco*!
Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenían su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde adentro:

Abrela, guapo!

Y como no pudo, se fué hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habían de pagar.

A la mañana siguiente fué y se escondió, y oyó lo que la Madre les dijo a las chivitas, que fué lo propio del día antes. A la tarde se vino muy de quedito, y arremedando la voz de la cabra, se puso a decir:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la Madre que os parí...

Las chivitas, que creyeron que era su Madre, fueron y abrieron la puerta; y vieron que era el mismísimo *Carlanco* en su propia persona.

Echáronse a correr, y se subieron por una esca-

lera de mano al tejado y la tiraron tras sí, de manera que el *Carlenco* no pudo subir. Este, enrabiado, cerró la puerta, y se puso a dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que a las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su Madre que les dijo:

Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la Madre que os parí.

Ellas desde su sobrado le gritaron que no podían, porque estaba allí el *Carlenco*.

Entonces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso más pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó.—Quién es? preguntó la tornera.¹—Madre, soy una cabrita para servir a Ud.—Una cabrita aquí, en este convento de avispas descalzas y recoletas?² vaya! ni por pienso. Pasa tu camino, y Dios te ayude, dijo la tornera.—Llame Ud. a la Madre abadesa, que traigo prisa, dijo la cabrita; sinó, voy por el abejaruco,³ que le ví al venir por acá.—La tornera se asustó con la amenaza, y avisó a la Madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.—Voy a socorrerte, cabrita de buen corazón, le dijo, vamos a tu casa.

Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero


¹ Hermana que está en el torno.

² Monjas que viven muy modestamente y muy retiradas del mundo

³ Pájaro que se alimenta de avispas y de abejas.

de la llave y se puso a picar al *Carlenco*, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó a correr que echaba incendios; y yo

Pasé por la cabreriza,
Y allí me dieron dos quesos.
Uno para mí, y el otro
Para el que escuchare aquesto.

FERNÁN CABALLERO¹ 

LA MUÑECA DE MARTA

Qué triste estaba aquella tarde la casa de Marta. Al llegar la niña de la escuela encontró a su querida mamá; presa de horrible fiebre. Marta se dirigió a la cocina y encontró a su abuelita muy triste. La buena señora se lamentaba de no tener con qué llamar a un médico. Ella era tan pobre que no tenía dos colones para pagar al doctor su visita.

Marta se puso pensativa y pronto echó a llorar. Si su mamacita moría, qué iba a ser de ella sin su papá, muerto hacía un año!

De pronto enjugó sus lágrimas y se dirigió al cuarto donde en el fondo de la gaveta de una cómoda, guardaba su linda muñeca acompañada de multitud de vestidos, gorras y delantales que en las tardes le hacía.

La niña recordó que su vecinita Julia, hija del doctor Romero, ardía en deseos de tener una muñeca

¹ Famosa escritora española llamada Cecilia Bohl de Faber, pero que firmaba sus escritos con el nombre de Fernán Caballero.

como la suya. Allá se dirigió y encontró al doctor leyendo los periódicos y a su hija Julia imitándolo leyendo el SAN SELERÍN.

Marta pidió permiso para entrar y el doctor y su hija la mandaron pasar con la mayor amabilidad. Cuando la niña estuvo enfrente del médico, colocó su preciosa muñeca sobre las rodillas de éste y con los ojos llenos de lágrimas le dijo: «Señor doctor, mi mamá está muy grave, si usted va a visitarla yo daré a su hija Julia mi único tesoro, mi muñeca con todos sus vestidos.

El doctor tomó la mano temblorosa de Marta, en ella depositó de nuevo la muñeca, tomó su sombrero y su bastón y con dulce sonrisa le dijo: «Vamos, hija mía, a ver a tu mamá».

Julia miraba con codicia la muñeca que Marta tenía en la mano, pero ésta, al salir, la dejó en poder de Julia y corrió a unirse al doctor.

Cuando llegaron a la casa, la pobre enferma se quejaba y cada gemido de la madre hacía brotar una lágrima a su hija.

El doctor recetó y dejó a la abuelita dinero para las medicinas.

Desde el día siguiente, la madre de Julia envió a la enferma, algunos alimentos.

Pocos días después la señora abandonó la cama y entró en la convalecencia.

Qué feliz se sentía Marta cuando pasaba los ratos que le dejaba la escuela, al lado de su madre, contándole las lecciones que la maestra le había enseñado!

Como la enferma seguía mejorando, y ya podía recibir visitas, una tarde entró la madre de Julia acompañada de su hija a visitarlas.

Las dos niñas se fueron a jugar y Julia, sacando de una caja la muñeca, se la entregó a Marta diciéndola: toma, mi buena amiga, tu muñeca; mamá me ha aconsejado devolvértela y yo me siento muy feliz al hacerlo. Sólo sí te pido que me des, siempre que puedas, tan bellas lecciones de amor filial.

MARGARITA

CABALLITO...! CABALLITO...!

Buenos días
 abuelito,
 aquí traigo
 mi potrillo
 crines sueltas,
 saltador
 que parece
 de un doctor.
 En la escuela
 y en carrera
 yo lo apuesto
 con cualquiera
 y en mi casa
 se desboca
 y a mi hermana

vuelve loca,
 pues le vuelca
 sus casitas
 y muñecas
 y camitas.
 Por encima
 del tejado
 muchas tardes
 ha pasado.
 Y otras veces
 alza vuelo
 y me eleva
 por el cielo,
 tal vez cerca
 de la estrella

titilante,¹
la más bella,
donde vive
mi hermanito

Algún día
en su grata
compañía
yo estaré!



que murió!
Pobrecito!
El no tiene
caballito
como yo!

Caballito,
vuela en busca
de hermanito
que se fué!
Pobrecito!

Setiembre, 1912.

CYRANO

¹ Que se mueve, que parece que pestaña.